

Hablemos de reconciliación

Un encuentro con víctimas del conflicto vasco

Antoni Segura, Antoni Batista (dirs.)

Juan M.^a Uriarte, Robert Manrique,
Karmen Galdeano, Gorka Landaburu,
Verónica Portell, Fernando Barrena,
Rosa Lluch Bramon

Sumario

| | |
|---|----|
| ANTONI SEGURA, ANTONI BATISTA, Presentación. | 11 |
| JUAN M. ^a URIARTE, Reconciliación: una tarea delicada e ineludible. | 21 |
| ROBERT MANRIQUE, Las víctimas y las instituciones | 43 |
| KARMEN GALDEANO, Todas las verdades: eje de la convivencia democrática | 53 |
| GORKA LANDABURU, Por la convivencia y la memoria. | 65 |
| VERÓNICA PORTELL, Vivir sin rencor: sin victimismo, manipulación ni estigmas. | 69 |
| PERNANDO BARRENA, La construcción de la paz en un escenario democrático | 79 |
| ROSA LLUCH BRAMON, Unas palabras finales para volver a empezar | 93 |

*Vivir sin rencor:
sin victimismo, manipulación
ni estigmas*

VERÓNICA PORTELL

Han querido las circunstancias y el destino que hoy esté aquí. No es la primera vez que recibo halagada la invitación a estas jornadas en homenaje a Ernest Lluch que coinciden con el triste aniversario de su muerte. Participé en las celebradas en 2007, un año después de publicar una narración coral de veintisiete relatos que, unidos, componían una Euskadi vista desde la perspectiva serena y sin odio de cada una de las personas que allí habitamos.

Inventé una trama participando afectivamente de la realidad del otro. Así, los textos arrancan a partir de un joven político secuestrado que, en primera persona, narra su soledad, habla y siente. El siguiente relato es de su madre en el momento de recibir la noticia del secuestro y continúa con su padre. También está la mujer que espera un hijo, la integrante de la banda armada que le secuestra, el dirigente en el momento de ser informado, el empresario que recibe la carta pidiendo el impuesto revolucionario, el juez, el lehendakari, el ertzaina, la madre que perdió a su hija en un atentado, el escolta, la profesora sin el perfil lingüístico de euskera exigido, los padres del etarra, el preso recién encarcelado, el que acumula ya veinte años de reclusión, el cura vasco, el intermediario...

El libro se articula en torno a la empatía, de modo que buscaba plasmar que el sufrimiento alcanza y llega a todos y cada uno de los

habitantes de Euskadi. Respiraba por la piel de todos y cada uno de ellos dotándolos de sentimiento y humanidad. De hecho, el título de mi obra así lo expresa y resume: *Y sin embargo, te entiendo*.

La novela no recogía mi vida, aunque mentiría si no afirmo que utilicé a mis personajes para poner en su boca y mente palabras y pensamientos que yo he sentido alguna vez. De ellos me serví para mirar desde perspectivas y ángulos distintos. Y eso me otorgó un conocimiento del entorno y de mí misma que no tenía antes de comenzar a escribir el libro.

Con la obra no pretendía juzgar, justificar ni siquiera reivindicar nada. Se trata de una narración que recopila sentimientos humanos con el trasfondo de la violencia. Para ello enredé entre sí a veintisiete personajes en una trama ficticia que pretendía derribar prejuicios y, en definitiva, describir la realidad y la vulnerabilidad.

Pero hubo quien quiso ver en este libro una intención política, algo que yo nunca busqué; quien no comprendió mi necesidad de indagar en la personalidad de los otros; quien pretendió manipular su contenido cuando ni siquiera lo había leído.

El libro sorprendió porque me metía en la piel de casi todos. Esa empatía que describí, asentada sobre emociones, tuve que justificarla y defenderla en las entrevistas hasta el infinito, porque resultaba extraño que yo, Verónica Portell, hija del primer periodista asesinado por ETA, pudiera escribir algo así.

Lo cierto es que mientras escribía, y en ningún momento de ese proceso que duró dos años, no intuí nunca que alguien se extrañara de mi manera de abordar la temática del conflicto vasco, construyendo cada personaje y dotándolo de vida sin que la mía le influyera.

Esa es para mí la verdadera capacidad del escritor y, viviendo en Euskadi, es fácil que sea ese el entorno seleccionado para situar la trama, al igual que un irlandés la basa en Irlanda o un francés en Francia. Pero a diferencia de mí, si otros escritores vascos es-

criben sobre lo mismo no se les cuestiona; esa pregunta sobra por ser obvia.

En determinados foros me tacharon de enferma, dijeron incluso que pisoteaba el recuerdo y la tumba de mi padre, que sufría el denominado síndrome de Estocolmo. No resultó agradable que alguien pensara eso de mí, pero en vez de debilitarme afianzó lo que he sentido desde siempre y fortaleció la base de mi proceder.

Rara vez asisto a encuentros que tienen el terrorismo como telón de fondo. Algunos podrían interpretarlo como una huida o una falta de compromiso, pero nunca ha sido ese el motivo que me ha llevado a declinar una invitación. Son otros, mucho más complejos.

Toni Segura me convenció una primera vez, gracias a su perseverancia para que viniera. La segunda resultó bastante más sencilla y mi respuesta afirmativa fue casi inmediata. Por la memoria de Ernest Lluch y el motor de su vida, el diálogo, hoy estoy aquí.

Mi padre murió defendiéndolo; fue un periodista especializado en la temática de ETA, director de *La Hoja del Lunes* y redactor jefe de *La Gaceta del Norte*. También publicó dos libros titulados *Los hombres de ETA* y *Euskadi: amnistía arrancada*, el último publicado escasos meses antes de que le asesinaran una mañana de junio de 1978 y donde contaba que le habían ofrecido ejercer el papel de intermediario entre el Gobierno y la banda armada gracias a sus contactos en ambos lados, fruto de su labor profesional. Sin saberlo, firmaba la crónica de una muerte anunciada.

ETA reivindicó su muerte de una manera confusa. Pocos días después, el Batallón Vasco Español reivindicaba el atentado contra Juan José Etxabe, el contacto de mi padre en Francia con la banda armada, en el cual finalmente también moría su mujer por acompañarle en ese macabro instante y al cubrirle con su cuerpo. Dos asesinatos: importa poco la verdad de lo sucedido, quién o quiénes sostuvieran el arma y tuvieran intención de matar. Ambos son formas de violencia extrema, sin apellidos.

Mi padre utilizó durante toda su trayectoria vital una única arma: la palabra, al igual que Ernest. Por eso, hoy hablo y me siento aquí, entre vosotros, orgullosa de intervenir en un foro donde prima la pluralidad y hay espacio para todos. A sabiendas de que no hay siglas que me encasillen.

Tengo por delante muchos minutos para hablar; me sobrará tiempo. No sé teorizar ni enredarme en exceso, pero, como buena mujer vasca, soy de carácter directo. También soy transparente. Mis muecas y gestos siempre me delatan, a veces en exceso. Soy más emotiva que racional, así que me adentraré en el laberinto de los sentimientos para expresar qué significa para mí la reconciliación. También hablaré de lo afortunada que me siento por vivir sin odio ni rencor.

Con sinceridad os digo que yo no sé cuál es la fórmula que ahuyenta el odio. No sabría dar claves ni una sola lección. Tampoco proporcionaros un mínimo listado de ingredientes para elaborar la pócima que reconcilia a los unos con los otros. Puedo, sin embargo, hablaros de sentimientos, vivencias y consecuencias personales. De por qué siendo una víctima de la violencia estoy hoy aquí.

Sucede que un día cualquiera el azar trastoca el presente y el futuro que hasta entonces parecía tan en su sitio. Llega la muerte para arrebatarte a quien te dio vida o a quien tú se la diste. Puede que en tal fecha luciera un cálido sol de junio o que la lluvia lo emparara todo un 21 de noviembre, como augurio para amoldarse a un entorno trágico. Es indiferente el clima que hiciera; da lo mismo cómo amaneciera aquel día. Todo eso se olvida con el transcurrir del tiempo. Son solo ráfagas de recuerdo que la memoria te devuelve casi siempre distorsionada, cuando y como quiere.

Sí tiene importancia, sin embargo, recuperar con insistencia cada caricia y cada beso. Las palabras que algún día le dirigí y todas las que se quedaron sin decir. Buscar en mí sus gestos. Imaginar en algún momento cómo habría sido mi vida si él no hubiera muerto. Saber si coincidiríamos o discutiríamos en exceso. Si, por ejemplo, sus

nietos, mis hijos, se parecerían en algo a él. También sentir el peso de culpa que me deja no haberle abrazado más, no haberle mirado más, no haberle dicho «Te quiero» lo suficiente cuando todavía era un padre presente. Recordarle es devolverle a la vida. Un homenaje perpetuo a su memoria.

Hablaré de lo vivido antes de que sucediera, cuando era una niña y vivir era sencillo porque ignoraba los peligros que acechaban en el entorno. Recuerdo el mar, el olor a salitre, la casa roja donde crecí. También la lluvia constante, que regresa a mi mente como un paisaje de acuarela y agua. Los remolcadores que pitaban para que el puente colgante los dejara pasar. El viento que soplaba con tanta fuerza en invierno. El sol y el calor que hacía derretir el galipó que se pegaba a las suelas de los zapatos. La Navidad. El murmullo de los pescadores en el muelle de hierro durante la madrugada. También recuerdo lo que fue sentir la muerte a edad temprana, que mataran a mi padre cuando tenía ocho años frente a la casa que miraba al mar. Y, a partir de entonces, comenzar el resto de la vida, asimilando el hueco, aquella parte vacía.

Sin embargo, a mi edad importaba poco cómo muriera o quiénes habían sido sus asesinos, dijeran lo que dijese, lo pensarán o lo piensan. Lo único cierto es que era mi padre. Solo y todo eso, no el hombre que al día siguiente acaparaba portadas con méritos y biografía para situarle en un contexto del que yo nada sabía. Mi madre, también periodista y escritora, quedó viuda con treinta y tres años y cinco hijos a su cargo. Gracias a su oficio de periodista pudo trabajar y ganar el dinero suficiente para que pudiéramos vivir y estudiar sin problemas, como cualquier otro niño de nuestra edad.

La vida continuó y siguió a pesar de lo sucedido... Se impuso la realidad sin aderezos, esa que fue encajando a cada cual en su sitio.

Fue cuestión de tiempo aprender a caminar por la vida con el miembro amputado y sin complejos, resentimientos ni esperas que

exigieran del otro unas palabras públicas de perdón que si llegaban no amortiguarían ya el dolor. Aprendí, en defensa propia y con el tiempo, a evitar el camino que empujaba a otros hacia la autocompasión crónica. Aprendí a mirarme al espejo y buscar en los demás el reflejo que a veces me contrariaba y otras me agradaba, alegraba o enfadaba, pero que pronto o tarde logró concederme un sentido y un contexto en el entorno.

Transcurrido el tiempo, asumí que tras su muerte no solo era huérfana de padre; para los demás era una víctima del terrorismo, una sucesión de palabras que pesan como un estigma en la sociedad que vivimos. Y es que esa persona convertida en un recuerdo, alguien para mí tan íntimo, personal e intransferible pasó a integrar la memoria colectiva e histórica de un pueblo. Porque, al morir de esa manera, llegan después los posicionamientos, las opiniones en contra o a favor sobre los motivos y las consecuencias de su muerte. Las razones...

Hace un año escaso que ETA declaró un alto el fuego permanente. La evolución de la banda y el trato hacia las víctimas ha variado en paralelo. De un tiempo acá existe una voluntad generalizada por recuperar del olvido pensamientos y vocablos jamás expresados antes en público. Políticos de distinta ideología y asociaciones alzan la voz al unísono para solicitar el perdón de las víctimas y el arrepentimiento de los verdugos.

Me pregunto si será correcto asumir una culpa que no es propia, responsabilizarse como mandatario o colectivo por la falta de sensibilidad hacia las muertes pasadas y recientes. Si algunos sentirán agradecimiento o alivio al escuchar estas palabras, lo ignoro. Para mí, el único culpable es quien decide empuñar un arma en vez de dialogar; no entiendo las extensiones de culpabilidad. Será porque reivindicó la independencia del ser humano, la fuerza individual sobre la colectiva. Porque me responsabilizo de mis actos sin culpar a la sociedad de mis errores ni de los de otros.

Por ejemplo, nunca entendí aquello de que la sociedad vasca era cómplice de ETA por mirar hacia otro lado o por permanecer en silencio ante cada asesinato. Para mí, la sociedad, ese concepto tan abstracto al que culpamos de todos nuestros males, no es más que la suma de cada uno de nosotros. Los vascos nunca hemos sido una sociedad enferma. Ser vascos no lleva implícito cargar con el peso de la culpa como si se tratara de un pecado original por el cual hay que purgar, justificar cada acto y pedir perdón hasta la saciedad. De idéntica manera, tampoco comprendí jamás ese simplista comentario de que la sociedad alemana es responsable de su pasado nazi y una generación tras otra hereda la culpa. Ese pensamiento es simplista e integrista, otro tipo de violencia, aunque sea verbal.

Yo no comparto las exhibiciones públicas de perdón, esas puestas en escena programadas al milímetro. Siento que compadecer a las víctimas es una reacción humana, pero no lo es tanto perpetuarlas en esa condición de por vida, estigmatizarlas y emplearlas como arma arrojadiza o tentador cebo, sujetos activos u objetos para hallar una solución definitiva a tantos años de violencia sin sentido.

Yo nunca he asistido a homenajes institucionales: daba igual la sigla política que lo organizara. No pertenezco a ningún partido político ni a una sola asociación de víctimas. No critico a quien pertenece a ellas, pero para mí el tiempo y la actitud han sido los únicos medicamentos.

No esperar nada, ser así, me ha permitido componer una conciencia propia, hecha a mi medida, en la que he variado mis perspectivas, idealizado los pasados, engañado a la memoria y obviado en defensa propia uno a uno los recuerdos que pudieran enturbiar el presente. He borrado siglas y nombres supuestos; hasta me he permitido ser cualquiera.

Pero también es cierto que me he deshecho de los prejuicios; pienso que todos somos víctimas de nuestras circunstancias y asumo mi necesidad del otro. Entiendo que si él no existiera, quizá yo tam-

poco. Que nada de lo que hoy soy, pienso o tengo, sería, pensaría o tendría si aquello nunca hubiera sucedido. Por ejemplo, mi madre volvió a casarse años después de quedar viuda y tengo un hermano menor fruto de ese segundo matrimonio. Mi vida sería distinta: muchísimo más vacía sin ninguno de los dos.

Sucede que la vida te reta y sitúa. Te escoge a ti y no a otro para ser verdugo o víctima, actor o espectador de una trama que duró demasiadas décadas. Cómplice de la paz o de la guerra.

Reivindicar la individualidad supone decir lo que siento sin representar a nadie más que a mí misma. Es ser lo que decida sin que otros me utilicen, marquen el paso ni dirijan. Permitirme ser tan solo Verónica, orgullosa de mis raíces y de todo mi pasado, pero Verónica antes que estigma y sobre todas las cosas. Tomar las riendas de mi vida a pesar de que eso me lleve a ser una voz discordante en el laberinto, una piedra en el camino unidireccional y recto que a otros les hubiera gustado trazar para mí.

Y es que a mí también me ha sucedido que si rechazo la etiqueta o las siglas que en ese momento puntual me entregan para que asuma lo considerado por ellos normal, legítimo o políticamente correcto pronto me tachan de rebelde, incoherente y contradictoria. La necesidad de colocarme etiquetas se opone a mi libertad individual.

Es inútil, por su imposibilidad, explicar a todos y cada uno que siempre habitará en mí aquella niña que recuerda todo lo que sucedió, pero que sobre todo soy madre y esposa, mujer trabajadora que trata de conciliar todo eso con la misma satisfacción o dificultad que otra mujer en similares circunstancias. Porque desprecio y amo, me enfado y siento como los demás en todos los ámbitos de la vida. Y es que no vivo siempre según aquel hecho autobiográfico. Muy al contrario, me esfuerzo doblemente para que me miren desde una perspectiva de igualdad. Busco que si me muestran como soy, también realicen los demás ese ejercicio de imitación. Porque quizá sea esa la verdadera y profunda raíz de la incomprensión: esperar del

otro que se encorsete en un patrón que nace del miedo a lo distinto y del prejuicio.

Varios de los presentes sois ejemplos concretos de ello. Hay mil maneras de explicar la violencia, todo un espectro de experiencias propias que en conjunto exhiben el mosaico de una realidad que hoy nos ha reunido aquí.

Pienso que para llevar la teoría y el papel a la práctica solo existe una manera, al alcance de cualquiera. La llave no es otra que despojarse de uno mismo para ataviarse con la piel del otro y adoptar sus gestos y palabras. Mirar desde sus ojos para ampliar un ángulo de visión que probablemente nos sorprenderá y coincidirá en nada o mucho con el nuestro. Experimentar en carne propia, por ejemplo, cómo será el sufrimiento de ser la madre de un asesino confeso y preso o la hija de un asesinado por una banda terrorista, lo mismo da que sean los GAL, Al Qaeda o ETA.

Esto supone el reconocimiento de cualquier violencia, sin apellidos: no esperar eternamente a que la solución llegue del otro, porque la vida es pasado, presente, pero sobre todo es futuro; transcurre y continúa sin descanso, a pesar de nosotros.

Lo que hoy os cuento no sirve para desenredar madejas ni solucionar conflictos. No son claves que puedan emplearse como patrón. Es tan solo el relato de una circunstancia personal que considero un privilegio, un triunfo: el hecho de que, en mis entrañas, los tentáculos de la amargura no hayan logrado crecer ni anidar jamás.

Pienso que ningún cambio llegará de la sociedad en abstracto ni de las personas que componen nuestro entorno si antes no asumimos nuestra individualidad y el derecho a que nos respeten como diferentes sin que otros nos impongan o nosotros impongamos a los demás unos principios que son solo propios.

Tan solo soy un ejemplo que añadir a otros testimonios y cubos imprescindibles para reconstruir el rompecabezas que nos define como pueblo. Únicamente así lograremos encajar y tener cabida en

una tierra que integre a todos sin excepción. Una reconciliación permanente y completa debe pasar primero por la concienciación y la reflexión personal para dotar de sentido a la Euskadi real, al conjunto.

Unas últimas líneas y concluyo. La siguiente es una frase que dedico a Ernest Lluch y a mi padre, defensores a ultranza de la palabra, quienes nos han reunido hoy aquí y permanecen vivos entre sus familiares y seres queridos: pienso que la ausencia de odio es la mayor venganza que pueda urdir jamás la víctima hacia el asesino. Tal actitud desarma los principios sobre los que cimienta su base el terrorista, que no son otros que la imposición de la violencia frente al diálogo y el uso de las armas frente al de la palabra.